

Las fábulas mentirosas y el entendimiento

Selección, presentación y notas de Ricardo Sumalavia

Universidad Católica
Antología 1917 - 2000

Ampuero
Beleván
Calderón-Fajardo
Cueto
Castro
Dughi
Fernández
Iwasaki

Capítulo 17

Ortega
Oviedo
Pollarollo
Prochazka
Ribeyro
Sala
Sánchez Aizcorbe
Silva-Santisteban
Thays
Tord
Vidal

Primera edición: abril de 2002

Las Fábulas Mentirosas y el Entendimiento

Carátula: Juan Pablo Campana

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima 1

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-0972

ISBN: 9972-42-459-6

Derechos reservados

Impreso en el Perú – *Printed in Peru*

MUÑEQUITA LINDA

Cuando Muñeca murió —por completo y de la noche a la mañana—, el barrio pareció recobrar para siempre su estatura miserable, y la gente que empezó a salir por las noches a fumarse un cigarrillo solía mantener siempre la cabeza abandonada al desconsuelo. Así pues, los vecinos de la tercera cuadra de la calle Virú se detenían en la puerta de sus casas, se saludaban con movimientos de cabeza, mientras miraban indiferentes cómo el olor espeso de las frituras pasaba flotando en jirones, estirándose desde los negocios de las vivanderas cerca del Parque Botánico. Luego volvían a dejar sus miradas colgadas de la ventana de la habitación del viejo Marcos, en los altos de la imprenta, donde oficiaba de guardián, y desde donde volvía a derramarse la música del tocadiscos: «Muñequita linda... de cabellos de oro... de dientes de perlas... labios de rubí...». Pero la vida ya no era igual, no, ya no tenía la consistencia flexible de los días capaces de ser vividos, pues una porción intrusa como de leche agria había terminado por estropearlos.

La tarde anterior, los cuatro viejos jubilados, con Marcos a la cabeza, habían ido a enterrar a Muñeca. «Muñeca, Muñeca» (su nombre aún rebotaba con insistencia en cualquier conversación de los vecinos). El amor que ella les había repartido en partes iguales a los cuatro hubiera alcanzado hasta para un regimiento de solitarios; pero ellos tenían su orgullo y nunca quisieron compartirla con nadie más.

Los días que a Muñeca le tocaba vivir con Marcos, los vecinos de Virú oían brotar incansable, ya de día o ya de noche, el mismo bolero afilado por la aguja del tocadiscos Nordmende. Y no necesitaban entrar en la imprenta, doblar hacia la derecha por el pasadizo, subir los ochenta y dos escalones de mármol gastado y llegar a la habitación de él para saber que estaba bailando con Muñeca, «chic tu chic», su cara perdida entre los cabellos rubios, apretando la cintura —¡ay!, ya no tan estrecha como cuando era más joven— e insistiendo con la rodilla pecaminosa entre las piernas siempre núbiles de ella. Hasta que en algún

momento, si era de noche, la luz de las bombillas se desmayaba en sombras púdicas (Muñeca nunca gustó de los escarceos amorosos a plena luz). La siguiente semana, ella la pasaba con otro de los cuatro viejos.

Hasta los vecinos de otras calles, como los de Espaderos y Mariquitas, aseguraban oír la música, que se esparcía por sobre los techos poblados de trastos, como si alguien sacudiera la mugre de sus frazadas, y al final todos quedaban con el alma despeinada por una vaga desazón.

Los cuatro viejos habían ido a enterrar a Muñeca en el cementerio Baquijano y Carrillo, del Callao. Antes, la habían velado en esa habitación de los altos de la imprenta. Definitivamente, resultaron días difíciles para ellos y para todo el vecindario que aún recordaba la histórica contribución de Muñeca al encumbramiento de Barrio Bajo como un barrio realmente popular; pues ya no solo quedó como distrito de antigua prosapia, de criollos jaraneros, de bardos y poetas, sino que pudo sumar a esos blasones el de barrio de bellas féminas. El título de Señorita Hermosura Nacional, celebrado trece años antes, se lo había traído ella prendido de sus caderas, su busto y su rostro angelical (ieran tantas sus gracias!). Uno de los bardos locales había cincelado la proeza de Muñeca en versos de rancia estirpe musical que cantaban orgullosos los vecinos: «Fémina de gracia sin par, que a Barrio Bajo supiste dar, blasón de galanura...» (aquí rumor de voces, choque de vasos y estruendosos «¡salud!»).

El certamen de belleza se había realizado en el tradicional auditorio de Radio Central. Fue la única vez que una representante de Barrio Bajo obtuvo ese título. Muñeca había salido triunfadora en una justa entre muchas bellas, entre las que sobresalía Nanette, de Barrio Acero, un barrio que —abusivamente— se autonombraba tradicional; también Juanita Regalado, cuya cintura de avispa podía ser encerrada entre el índice y el pulgar de una mano, quien terminaría como esposa del gobernador de la ciudad; además, Cuchita del Solar, bella y letrada, estudiante de periodismo en ese tiempo, carrera que luego seguiría como narradora de noticias en televisión, y muchas otras.

Ni bien Muñeca dejó este mundo, los cuatro viejos se dedicaron a buscar un ataúd adecuado. Visitaron las diversas funerarias que recorren la avenida Mayorazgo, frente a la Morgue Central. Pero no hallaron un ataúd barato y decente donde poner límite a las ilimitadas formas de Muñeca. ¡La que varios

años atrás había honrado al barrio no conseguía un ataúd decoroso ahora que había muerto definitivamente, de principio a fin! Estaba visto que algunas veces la pobreza no permitía devolver los honores recibidos. Por ello, muchos criollos hacían avanzar sus penas a paso de tres por cuatro, en ritmo de vals: «La pobreza mancilla honores, pero en medio del fango brilla la gema del amor» (rumor de alguien que en el fondo del bar se aclara la voz, que amenazaba con romperse en un llanto de pena).

Nadie había podido presentarles un ataúd decente a cambio del puñado de monedas y billetes arrugados que los viejos lograron reunir luego de esculcar bajo sus colchones de paja, vender trastos y finalmente pedir prestado con promesas fementidas. Al final, andando y andando, recalaron en la funeraria del Vampiro. ¿Sería cierto lo que se contaba de él?; la gente aseguraba que la historia había saturado las crónicas rojas de la época, veinte años atrás.

Marcos avanzó en la penumbra cerrada de la funeraria del Vampiro, siempre a oscuras y olorosa a madera podrida, seguido por Rómulo, Cleto y Lucio. Avanzaron tanteando en la oscuridad, calculando el lugar de la puerta de la oficina, donde Marcos golpeó con los nudillos. Finalmente, cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, comprobó que estaba golpeando la frente marmórea del Vampiro. ¿Sería cierto que les hacía el amor a los cadáveres de mujeres hermosas que traían para maquillarlas antes del velorio? Por si las dudas, no había que dejar a Muñeca ni un minuto a solas con este degenerado.

Para eterna vergüenza de los otros funerarios, el Vampiro fue el único que pudo ofrecer un ataúd al precio que ellos podían pagar. Aunque es justo indicar que se trataba de un ataúd de madera endeble (Muñeca era frágil e ingrátida), con una delgada capa de barniz diluido (Cleto podía robarse un poco de barniz para darle otra pasada).

Toda la noche, los cuatro permanecieron en el velorio. Primero tuvieron que esperar que por la tarde el dueño de la imprenta, el chino Lam, anunciara con profunda pena a sus empleados que había acabado la jornada, que se fueran todos, para que entonces los viejos, subrepticamente, trajeran cargando el ataúd con Muñeca. Lo hicieron pasar por sobre las resmas de papel bond del primer piso, por sobre la máquina cortadora malograda y, finalmente, lo subieron por la escalera de mármol de ochenta y dos escalones, cuya estructura crujió con desesperación.

En algún momento, Marcos volvió a dejar brotar la canción. Movié el brazo entablillado con gutapercha del viejo tocadiscos, llevó la aguja hasta el acantila-

do del disco y desde allí lo dejó caer rebotando: «Muñequita linda... de cabellos de oro... de dientes de perlas... labios de rubí...». La bombilla de la habitación se descolgaba desde el alto techo, tan alto que se había quedado cansada a medio camino, por lo que su fulgor mortecino no llegaba del todo hasta esas figuras delgadas que de rato en rato se movían, caminaban, trastabillaban y se iban corriendo por las paredes.

Muñeca. Muñeca. Marcos miraba a sus amigos: Lucio lloraba sentado cerca de la ventana, Cleto volvía a pasar una franela al barniz que aún parecía algo húmedo, Rómulo volvía a encender las velas que se apagaban. Afuera, en las calles cercanas, la noche se había quedado detenida a las nueve en punto y ya no quería avanzar por nada del mundo. «Las penas hondas duran más en el alma del menesteroso» (una tos trabajosa se estira por sobre mesas con vasos llenos de ron, mientras la guitarra teje bordones extraviados).

La noche del concurso de belleza, el centro de la ciudad estuvo más iluminado que de costumbre porque el gobernador iba a presidir el certamen. El amplio auditorio de Radio Central terminó por repletarse de invitados, políticos y periodistas a eso de las nueve. La gente —sobre todo la que no asistió— contaría después que hasta los vecinos de otros barrios siguieron, aplaudiendo y dando vivas, al carro alegórico donde al final se retiró la triunfadora Muñeca, flanqueada por sus damas de honor. La noche de ese día —desconcertada por el alcohol efusivo y la música incansable— perdió el paso y duró casi lo que tres noches en Barrio Bajo, en medio de fiestas en la municipalidad y en las calles.

Pero ni esa prueba de jerarquía había servido para algunos, o algunas. Sobre todo para los de Barrio Acero, quienes encumbraban a la Nanette, supuestamente traída de Francia. Por ese motivo se registraron escaramuzas entre los vecinos de los dos barrios, especialmente en las celebraciones de Fiestas Patrias. Marcos y los otros tres varias veces habían debido hacer frente a punta de escobazos a varios viejos de Barrio Acero quienes, ayudados por una sarta de maleantes, sifilíticos, tuberculosos, lúmpenes y sidosos pretendían dejar establecido que la Nanette era superior cuando se trataba de dar amor a los desvalidos. ¡Habrás visto!

¿Pero cómo se iba a comparar esa meretriz de plástica bajeza con la Muñeca de ellos? La Nanette, en la actualidad, era ya solo un despojo pintarrajeado que arrastraba sus años otoñales entre viejos alcohólicos y drogadictos. No era como Muñeca. Aunque es de hidalgo reconocer que la Nanette era de buena factura, traída de Minnesota y no de Francia (como se especulaba equivocadamente

debido a su nombre de batalla y a su pasión por los perfumes de ese país); pero su naturaleza ramplona dejaba notarse en que había formado parte de un lote ya acabado, de los que alguna vez se envió a Vietnam para apaciguar los ánimos venéreos de los soldados. Por ello mostraba sin pudor numerosas mordeduras en el cuello y en los muslos, que felizmente no habían llegado a desgarrar toda la piel.

Muñeca había llegado al país dentro del maletín de piel de cocodrilo de un contrabandista panameño que venía de Miami. En una kermés en favor de los enfermos de la Asociación de Ex Combatientes del Cuarenta, Marcos había oído el comentario: el contrabandista ofrecía «una hembra de primera, de las fácilmente inflables», traída de Estados Unidos —nada menos—, ese gran país. Solo después de varios tragos, se animó a pedir la dirección.

Al otro día, luego de su turno de ayudante de almacén en un ministerio —aún no se había registrado la ola de despidos en las instituciones públicas—, fue a visitar al contrabandista. Este le dijo que Muñeca era de un material que ya no se usaba, porque justo después de ella se prohibió su libre comercialización, para usarlo solo en la fabricación de trajes para astronautas de la NASA. Habló maravillas de Muñeca, de sus bondades, de sus costumbres; pero lo que más convenció a Marcos fue el rostro perfecto y las formas finas de ella. Se enamoró sin remedio.

No quería dejar pasar la oportunidad y trató de conseguir dinero a como diera lugar. Si vendía lo poco que había juntado en toda una vida de 67 años —lo cual, bien apretado, cabía en un costal de avena Tres Chanchitos—, con las justas llegaba a la cuarta parte del precio. Al final se le ocurrió: si puede darme amor a mí, también podría dárselo a otros. Claro que a conocidos, a gente respetable como él, y no a zarrapastrosos como los de Barrio Acero. Y fue a buscarlos.

Dos días después se apareció donde el contrabandista, con los otros tres viejos, quienes deseaban ver con sus propios ojos a Muñeca. Solo bastó unos minutos para que todos estuvieran de acuerdo. El contrabandista volvió a soltar su *speech* sobre la piel y los astronautas. Y añadió que, debido a la mezcla usada en ese material, tenía un calorcito bien rico: “Toquen, toquen”. Los viejos tocaron con dedos trémulos y —«sí, sí, claro»— sintieron que adentro latía un corazón amoroso, mientras afuera resplandecía ese rostro, esos ojos y esa boca siempre a punto de hablar.

La trajeron en una caja de cartón plastificado de 30 x 30 cm. Fueron al cuartito donde dormía Marcos y allí, desesperados por verla crecer, soplaron y

soplaron hasta casi dejar la vida en el esfuerzo. Luego, al apreciar todo ese continente erguido vibrando frente a ellos, concluyeron que era más bella de lo que les había parecido al inicio. Acordaron que la rotarían, cada uno de los cuatro la tendría una semana.

El único problema que advirtieron más adelante fue que en los instantes de pasión, cuando después de perder la cara entre sus cabellos rubios alguno de los viejos acezaba empujado por la fuerza que tanto había demorado en reunir, de pronto esta parecía acusar recibo de un poco de agua fría cuando veía, justo detrás de la oreja izquierda, la etiqueta que algún diseñador inconsciente había decidido colocar precisamente allí: *Made in USA*. Pero con el tiempo llegaron a acostumbrarse a ello, como a tantos caprichos de Muñeca.

Durante estos años, Muñeca también había ido envejeciendo, aunque —claro— en ella era menos ostensible que en ellos. Sus ojos adquirieron un relente de vaga pesadumbre, porque la vida se había tornado mucho más dura en el país. Algunas veces Marcos la dejaba sentada mirando la calle a través del tul de la ventana, y a ella se le humedecían los ojos al advertir tanta pobreza, al ver pasar alguna manifestación de despedidos, uno que otro asalto, y al comprobar cómo el barrio se había ido viniendo cuesta abajo. En sus pestañas temblaban algunas lágrimas. No era la garúa de la ciudad, sino lágrimas, que ella trataba de disimular. Es que todo se iba deteriorando y la gente debía hacer lo indecible para sobrevivir: trabajar en más de un lugar, escatimar gastos y muchos hasta armar negocios de venta de comida a las puertas de sus casas, adonde nadie acudía.

Y últimamente los cuatro viejos habían sentido que, cuando Muñeca hacía el amor con ellos, se quejaba de la espalda, específicamente de dolor a las costillas. Siempre había padecido de dolores a la espalda. El contrabandista mismo les había confesado que ella, antes, había vivido —brevemente, es cierto— con un coronel norteamericano alcohólico, mutilado en Corea, que la golpeaba. «La belleza no condice su existencia con el hedor del fango» (ruido de una botella de licor que cae rota al suelo y su contenido se derrama por entre el aserrín).

Entre los cuatro viejos, Lucio era el más temperamental y bebía mucho. Desde joven había sido así. Marcos podía dar fe de ello, porque lo conocía desde los años cincuenta, época en que Lucio entró a trabajar en el mismo ministerio. Luego, cuando se divorció y más adelante sus hijos ya no querían saber nada de

él, Lucio se había hecho más amigo de Marcos. Ahora se dedicaba a lavar platos en la trastienda de un restaurante chino. «La ingratitud te aplasta, pero no te puede matar» (alguien llora, y otro lo calma dándole palmadas en el hombro).

Por su parte, Cleto era el que menos requería a Muñeca, debido a sus problemas de la próstata, que se le inflamaba con solo orinar. Culpa de las caminatas seguramente, porque Cleto se dedicaba, junto con Rómulo, a comprar y vender trastos y fierros en un triciclo. A lo que conseguían le daban una lijada y una mano de pintura y lo revendían a los negociantes de los mercadillos. Varias veces, cuando Marcos había ido a ver a Cleto durante su semana de suerte, lo había hallado mirando por la ventana de su cuartucho, con Muñeca vestida y sentada en una silla, solo dialogando con ella, sobre el tiempo, las inundaciones en el norte del país, el alza del dólar; sobre tantas cosas.

Hasta que hace dos días por la tarde, justo después de que Marcos acababa de frotarse con unguento la rodilla derecha que solía dolerle por el frío, llegó Rómulo corriendo a la imprenta. «¡Se nos muere. Muñeca... se nos muere!».

Ambos fueron corriendo hacia el cuarto de Lucio, ubicado en una miserable quinta de casas detrás de un mercado. Y mientras corrían, acezando, deteniéndose a ratos para tomar aire, palmeándose el pecho, Cleto le había informado: Lucio, que por esa semana tenía a Muñeca, había llegado borracho a su habitación y se había puesto a bailar y a beber ron con ella, profiriendo lisuras contra el gobierno y pretendiendo tratarla como a una simple pelandusca: «Ya sabes cómo es él cuando está ebrio». Cansado y triste —se le daba por llorar y hablar de su familia ingrata cuando bebía—, Lucio se había puesto a bailar con ella. Había olvidado que cuando a Muñeca la trataban mal, se enfadaba y decidía no hablar. Además, ella nunca bebía —el licor le producía gases— y aborrecía el lenguaje procaz de los borrachos. Lucio, irritado y luego sollozando, le había pedido que le dijera que lo quería, pero que lo quería como a un verdadero hombre y no como a un viejo solitario que habla consigo mismo. Mas como ella se mantuviera en silencio, ciego de ira y de alcohol, le había propinado una feroz dentellada en el cuello.

«Se nos muere...». Entraron al cuartucho y Marcos advirtió la dimensión de lo sucedido. Desde el primer vistazo, supo que ya no había nada qué hacer. Ella

se moría, sin remedio. El aire se escapaba, entreverado con la vida y el ánimo de Muñeca.

Estaba echada sobre un viejo sofá destartado, con las ojeras acentuadas y más pálida que nunca. A su lado, arrodillado, sin camisa y solo en biviér, que dejaban ver el torso raquítrico y la piel con pecas de senilidad, permanecía Lucio, implorando: "Por favor, perdóneme, Muñeca".

Muñeca lo miraba y, sin decir nada —no era necesario, sus ojos lo decían todo—, lo perdonaba. También miró a los recién llegados y pareció querer hablar. «Calla, no hagas ningún esfuerzo», le dijo Marcos, y se dedicó a revisar la herida. En un vano intento, le pusieron un retazo de gasa, cola gel, un poco de alcohol y hasta vendas reforzadas, pero nada. Se les moría.

Más tarde llegó Rómulo. Cuando abrieron la puerta para dejarlo entrar, vieron que afuera se arracimaba mucha gente, muchos vecinos solidarios en el dolor, con expresión contrita; algunas mujeres rezaban murmurando bajito. «El dolor de los de abajo se comparte cual si fuera oro» (la guitarra desgrana sus notas mientras se oye que alguien abre otra botella de ron).

Al día siguiente por la tarde, poco antes de la hora de llevar a Muñeca al camposanto, Marcos echó la última mirada a través de la ventanita del ataúd. Ella estaba vestida con su traje rosado de domingo, ese de falda hasta las rodillas y saco corto, y tenía los ojos, ¡ay! definitivamente cerrados. Le parecía extraño verla así, porque ella ¿cuándo había cerrado los ojos? Siempre los había mantenido abiertos, ya fuera de noche o de día, a solas o en compañía; sus ojos siempre habían envuelto con la luz de su mirada lo que la rodeaba: cuartuchos malolientes, trastos miserables, gatos derrengados y viejos solitarios.

A eso de las cinco de la tarde, un poco retrasados porque Cleto demoró en conseguir corbatas negras para él y Rómulo, los cuatro salieron con el cortejo. Abandonaron la imprenta por el portón de fierro y se encaminaron hacia la avenida Grau.

Marcos y Cleto iban adelante, Rómulo y el inconsolable Lucio, quien no cesaba de llorar, seguían atrás. Iban con el ataúd en hombros, muy lentamente debido a la exigencia de las circunstancias y sobre todo a la incertidumbre de sus piernas. A su paso, habían salido los vecinos a las puertas de sus casas, a las azoteas, mientras un grupo numeroso formado por adultos, niños y perros seguía detrás en silencio. La masa inundó la cuadra cinco de la avenida, donde un desconcertado policía de tránsito demoró más de la cuenta en hacer sonar su silbato para que los vehículos dejaran pasar el cortejo. La gente que observaba desde

las veredas permaneció un buen rato viéndolo alejarse calle abajo, por entre los edificios sucios de hollín, hasta que se convirtió en una mancha a lo lejos, un poco de humo en el aire y finalmente hizo iplop! y desapareció del todo.

Ahora que todo había pasado, los vecinos del barrio volvían a salir por las noches a la puerta de sus casas, con la excusa de tomar el fresco, y se quedaban oyendo la música que puntualmente se derramaba desde la ventana del viejo Marcos: «Muñequita linda... de cabellos de oro... de dientes de perlas...». La música se desperdigaba con la misma lentitud de siempre, pero ahora con mayor peso, como agua de lluvia que bajara por las paredes sucias arrastrando tierra y hollín. Adivinaban al viejo volviendo a poner el disco, bailando solo en un rincón oscuro, pero creyendo que volvía a bailar en el centro del cuarto, que apretaba una cintura estrecha y perdía su rostro entre unos cabellos largos y rubios, besando, mordiendo y creyendo también que volvía a sentir eso que había sentido no hace mucho: lo que alguna gente llamaba la felicidad y que ya no sentiría jamás porque el amor, el verdadero amor, se gozaba solo una vez en la vida. (¡Salud!).

(De *Muñequita linda*. Lima: Jaime Campodónico / Editor, 2000)